

diez y siete de dicho mes, tomando como pretexto la actitud de Austria. Al salir de la Península, iba despechado. Y con razón. El mariscal Victor, si acababa de derrotar á los castellanos en Uclés, esta victoria debía ser tan poco decisiva como las anteriores; Zaragoza, cuyo cerco ahora apretaba Lannes, seguía pasmando al mundo con su heroísmo; le era imposible al invasor establecerse sólidamente en ninguna parte; cuando creyendo sofocado el incendio en un punto volaba á apagarlo en otro, las llamas prendían nuevamente en el primero. Una guerra de esta naturaleza desbarataba los cálculos de Napoleón, acostumbrado á los desenlaces rápidos y ruidosos.



## CAPÍTULO NOVENO

### La quinta coalición.

pesar de los disimulos y precauciones de Napoleón, y no obstante la tiranía que pesaba en Francia sobre la prensa y la tribuna, algo se había traslucido allí de lo que en España acontecía, y los hombres juiciosos, aunque faltos de entereza para manifestar abiertamente su reprobación, auguraban mal de una empresa á que la fortuna, hasta entonces compañera inseparable del ambicioso corso, parecía rehusar sus favores. La masa del pueblo quejábese de las conscripciones continuas que la diezmaban, arrebatándole lo más florido de la juventud, y los altos funcionarios del Imperio, recelosos de su suerte futura, se asociaban discretamente á estas críticas. Semejante estado de opinión pública, elocuente como síntoma, mas no alarmante como peligro, ofreció ocasión al irritado déspota para desahogar su mal humor. La tormenta descargó especialmente sobre Talleyrand. A lo que se dice, el sagaz diplomático y el nada escrupuloso Fouché, reconciliados tras larga enemistad, habían previsto el caso de que Napoleón muriese en España y trazádose su plan de conducta por si tal eventualidad se presentaba, afirmándose que el mismo Murat, el cuñado del Emperador, antes de irse á Nápoles, les había manifestado estar conforme con ellos, esperando sacar partido, si llegaba el momento, de su popularidad entre las tropas. También se sospechaba que Talleyrand, auxiliado por el propio Fouché, se había convertido, desde las conferencias de Erfurt, en agente voluntario de observación é informaciones al servicio del extranjero. Napoleón había tenido conocimiento de la reconciliación de sus